

el cólera ó durante una revolución. En fin, todos hacen el mismo gasto; pero aquí comienza el paralelo. De esta fortuna flotante y agradablemente despilfarradora hay jóvenes que tienen el capital y otros que lo esperan; tienen los mismos rostros; pero las facturas de éstos están por pagar. Además, si los unos semejantes á Cribas, reciben toda clase de ideas sin asimilarse ninguna, otros las comparan y se asimilan todas las buenas. Si éstos creen saber algo, no saben nada y lo comprenden todo, les prestan todo á los que no necesitan nada y no ofrecen nada á los que necesitan algo; aquéllos estudian secretamente los pensamientos ajenos, y colocan sus ideas, lo mismo que su dinero, á grandes intereses. Los unos no tienen ya impresiones fieles, porque su alma, desgastada como un espejo usado, no refleja ninguna imagen; los otros economizan sus sentidos y su vida fingiendo arrojarla como los otros por la ventana. Los primeros, confiando en una esperanza, se afilian sin convicción á un sistema que va viento en popa y remonta la corriente; pero saltan á otra embarcación política cuando la primera empieza á descender; los segundos miden el porvenir y ven en la fidelidad política lo que los ingleses ven en la probidad comercial, un elemento de éxito. Pero allí donde el joven que tiene algo hace un equívoco ó dice una frase acerca de las exquisiteces del trono, el que no tiene nada hace un cálculo público ó una bajeza secreta y medra dando apretones de manos á sus amigos. Los unos no creen nunca en las facultades ajenas, toman todas sus ideas por nuevas, como si el mundo hubiese empezado el día anterior, tienen una ilimitada confianza en sí mismos, y su enemigo más cruel es su persona. Pero los otros van armados de una desconfianza continua de los hombres á quienes estiman en su valor, y son bastante profundos para tener un pensamiento más que los amigos á quienes explotan. Entonces, por la noche, cuando su cabeza descansa en la almohada, pesan á los hombres, como pesa un avaro sus monedas de oro. Los unos se enfadan por una impertinencia sin importancia y se dejan tomar el pelo por los diplomáticos que tocándoles el amor propio, emplean éste como se emplearía el hilo principal para hacer bailar á un muñeco; mientras que los otros se hacen respetar y escogen sus víctimas y sus protectores. Entonces, un día, los que no tenían nada, tienen algo, y los que tenían algo no tienen nada. Estos consideran

á sus compañeros llegados á una posición cualquiera como socarrones, como malos, como malos corazones, pero también como hombres de talento. ¡Tienen mucho talento! es el inmenso elogio tributado á los que han llegado *quibuscumque viis*, á la política, á una mujer ó á una fortuna. Entre ellos hay ciertos jóvenes que desempeñan este papel empuzándolo con deudas, y como es natural, son más peligrosos que los que lo desempeñan sin tener un céntimo.

El joven que se titulaba amigo de Enrique de Marsay, era un aturdido llegado de provincias, al que los jóvenes que estaban entonces de moda le estaban enseñando el arte de reventar con rapidez una herencia; bien es verdad que éste tenía otra breva que comer en su provincia, un establecimiento seguro. Era sencillamente un heredero pasado sin transición de sus cien francos mensuales á toda la fortuna paterna, y que si no tenía bastante talento para ver que se burlaban de él, lo tenía sobrado para calcular y detenerse en las dos terceras partes de su capital. Mediante algunos billetes de mil francos, iba á descubrir en París el valor exacto de los arneses, el arte de gastar muchos guantes, de hacer sabias meditaciones acerca del salario de los criados, y tenía gran interés en poder hablar en buenos términos de sus caballos y de su perro de los Pirineos; en poder reconocer por el porte, el paso y el calzado, la especie á que pertenece una mujer, en estudiar el ecarté, en retener algunas palabras de moda, en conquistar mediante su permanencia en el mundo parisiense, la autoridad necesaria para importar después á provincias el gusto por el té, y el procurarse el derecho de despreciarlo todo en torno suyo durante el resto de sus días. De Marsay se había hecho amigo suyo para servirse de él en el mundo, como un atrevido especulador se sirve de un dependiente de confianza. La amistad falsa ó verdadera de Marsay, era una posición social para Pablo de Manerville, el cual, por su parte, se creía muy listo explotando á su manera á su amigo íntimo. Vivía á la sombra de su amigo, se ponía constantemente bajo de su paraguas, se calzaba sus botas y se engalanaba con su gloria. Cuando estaba junto á Enrique ó cuando iba á su lado, parecía decir:

—No nos insultéis á nosotros, los verdaderos elegantes. Frecuentemente se permitía decir con fatuidad:

—Si yo le pidiese tal ó cual cosa á Enrique, es bastante amigo mío para hacerlo enseguida.

Pero no tenía necesidad de pedirle nunca nada, le temía, y su temor, aunque imperceptible, obraba sobre los demás y favorecía á de Marsay.

—Es terrible este de Marsay, decía Pablo. ¡Ah! ya veréis, será todo lo que quiera ser. No me extrañaría verle llegar á Ministro de Negocios Extranjeros. Nada le resiste.

Además, hacía con de Marsay lo que el cabo Trin con su gorro, diciendo:

—Preguntádselo á de Marsay, y ya veréis.

O bien:

—El otro día cazábamos de Marsay y yo, y él que no quería creerme, me vió saltar un matorral, sin moverme de mi caballo.

O bien:

—Estábamos de Marsay y yo en casa de unas mujeres, etc.

Así es que Pablo de Manerville no podía clasificarse más que entre la grande, la ilustre y poderosa familia de los necios que llegan. Debía llegar á ser diputado; mas por el momento no era ni siquiera un joven. Su amigo de Marsay lo definía así:

—¿Me preguntáis lo que es Pablo?... Pablo es... Pablo de Manerville.

—Amigo mío, me asombra verle á usted aquí el domingo, dijo á de Marsay.

—Iba á hacerte la misma pregunta.

—Una intriga.

—¿Una intriga?

—¡Bah!

—A tí puedo decírtelo todo sin comprometer mi pasión, eso sin contar con que una mujer que viene el domingo á las Tullerías no tiene valor, aristocráticamente hablando.

—¡Ah! ¡ah!

—Cállate, ó no te digo nada más. Te ríes demasiado alto, y vas á hacer creer que hemos almorzado fuerte. El jueves último me paseaba por aquí sin pensar en nada; pero al llegar á la reja de la calle de Castiglione, por la cual contaba irme, me encontré de frente con una mujer, ó mejor dicho, con una joven, que yo creo que si no me saltó al cuello, fué más bien que por el respeto humano, por uno de

esos asombros profundos que paralizan los brazos y las piernas. Yo he producido con frecuencia efectos de este género, especie de magnetismo animal que llega á ser poderoso cuando las relaciones son respectivamente simpáticas. Querido mío, no creas que era una muchacha vulgar. Su cara parecía decir: «¡Cómo! ¿estás ahí, ideal mío, sér de mis pensamientos y de mis sueños? ¿Cómo estás ahí? ¿Por qué esta mañana y no ayer? Tómame, soy tuya, etc.» «Bueno, me dije para mis adentros, una más.» La examiné detenidamente. ¡Ah! querido mío, físicamente hablando, la desconocida es la mujer más adorable que he encontrado. Pertenece á esa variedad femenina que los romanos llamaban Fulva, Flava, la mujer de fuego. En primer lugar, lo que más me sorprendió, lo que más me enamoró, fueron sus ojos amarillos como los del tigre; un amarillo de oro que brilla, del oro que vive, del oro que piensa, del oro que ama y quiere venir á toda costas á nuestro bolsillo.

—¡Ay! querido mío, ¡si ya la conocemos! exclamó Pablo. Viene á veces aquí, es la que nosotros llamamos *la joven de los ojos de oro*. Es una joven de unos veintidós años, á quien ví yo aquí, cuando estaban los Borbones, con una mujer que vale cien mil veces más que ella.

—Cállate, Pablo, es imposible que haya una mujer que pueda valer más que esa muchacha, semejante á una gata que quiere venir á acariciarle á uno las piernas, una joven blanca, con cabellos cenicientos y delicada en apariencia, pero que debe tener la fuerza de un león. Cubre sus mejillas un vello blanco que comienza en las orejas y se pierde en el cuello.

—¡Ah! mi querido de Marsay, la otra tiene unos ojos negros que no han llorado nunca, pero que abrasan, cejas negras que se juntan y le dan cierto aire de dureza, desmentido por unos labios ardientes y frescos, una tez árabe que caldea á un hombre como el sol. Te juro que se parece á tí.

—¡La adulas!

—Un talle divino.

—En fin, querido mío, ¿qué me importa la que no he visto? repuso de Marsay. Desde que estudio á las mujeres, mi desconocida es la única, cuyo seno virgen y cuyas formas ardientes y voluptuosas realizan mi sueño. Es el original de la delirante pintura llamada *la Mujer acariciando su*

quimera, la más ardiente, la más infernal inspiración del genio antiguo. Una santa poesía prostituida por los que la han copiado en frescos y mosaicos, por un monton de seres vulgares que no ven que esta creación es toda la mujer, un abismo de placeres donde se rueda sin encontrar nunca el fin, un ser ideal que sólo se ve á veces en realidad en España y en Italia, pero nunca en Francia. El viernes volví á ver aquí á esa joven de los ojos de oro, á esa mujer cariñosa. Presentía que al día siguiente volvería á la misma hora, y no me engaé. Me complací en seguirla sin que me viese y en estudiar aquel indolente paso de la mujer desocupada, pero en cuyos movimientos se adivina la voluptuosidad que duerme. La joven se ha vuelto, me ha visto, me ha adorado de nuevo y ha vuelto á temblar y á estremecerse. Entonces noté la verdadera dueña española que la guarda, una hiena vestida de mujer, alguna endemoniada bien pagada para que guarde á aquella deliciosa criatura. La dueña me ha hecho enamorarme más, me ha hecho sentir curiosidad. El sábado no vino nadie. Hoy héme aquí esperando á esta muchacha cuya quimera soy.

—Allí está, dijo Pablo, todo el mundo se vuelve para verla.

La desconocida se puso roja como la grana, sus ojos brillaron al ver á Enrique y después los cerró al pasar.

—¿Dices que te distingue? exclamó bromeando Pablo de Manerville.

La dueña miró fijamente y con atención á los dos jóvenes. Cuando la desconocida y Enrique se encontraron de nuevo, la joven pasó junto á él rozándole y con su mano estrechó la mano del enamorado. Después se volvió y sonrió con pasión; pero la dueña la llevaba demasiado aprisa hacia la reja de la calle de Castiglione. Los dos amigos siguieron á la joven admirando la torsión magnífica de aquel cuello cubierto por algunos rizos de cabellos. La joven de los ojos de oro iba elegantemente calzada, llevaba las faldas cortas y dejaba ver su pie delgado, ese pie alto de empuje que ofrece tantos atractivos á las imaginaciones excitables. Durante aquel trayecto se volvió varias veces para ver á Enrique y pareció seguir con pesar á la vieja, que parecía ser á la vez su ama y su esclava: la joven podría hacer que le pegasen si quería, pero no podía despedirla. Todo esto se veía. Los dos amigos llegaron á la reja, y dos criados con librea ba-

jaron el estribo de un coche de buen gusto que ostentaba un escudo en la portezuela. La joven de los ojos de oro subió primero, tomó el lado desde el cual podría ser vista cuando el coche diese la vuelta, sacó una mano por la portezuela y agitó su pañuelo sin que la viese la vieja, burlándose así del *qué dirán* de los curiosos, y diciéndole á Enrique públicamente: «Sígueme».

—¿Has visto nunca cosa más clara? dijo Enrique á Pablo de Manerville.

Y acto continuo, tomando un coche de alquiler, le dijo al cochero:

—Siga usted á aquel coche, fijese en la calle y en la casa que entra, y se ganará diez francos. Adiós, Pablo.

El coche de alquiler echó á andar y el cochero vió que aquel á quien seguía entraba en la calle de San Lázaro, en uno de los palacios más hermosos de aquel barrio.

De Marsay no tenía nada de aturdido. Cualquiera otro joven hubiera obedecido enseguida al deseo de adquirir algunos informes acerca de una muchacha que tan bien realizaba sus numerosos ideales; pero demasiado diestro para comprometer así el porvenir de su buena suerte, le dijo al cochero que no se parase en la calle de San Lázaro, y que lo llevase á su casa. Al día siguiente, un criado de Marsay llamado Lorenzo, muchacho más astuto que un zorro, esperó en los alrededores de la casa habitada por la desconocida, la hora en que se distribuyen las cartas. A fin de poder espiar á su gusto el palacio y poder rondar en torno de él, el criado, imitando á los agentes de policía cuando quieren disfrazarse, se había puesto un traje de auverniano y había procurado imitar el tipo de éste. Cuando pasó el cartero que hacía el servicio de la calle de San Lázaro, Lorenzo fingió ser un recadero que no recordaba el número de una persona á quien tenía que entregar un paquete y consultó al cartero. Engañado al principio por las apariencias, este personaje tan pintoresco en medio de la civilización parisiense, le dijo que el palacio donde vivía la joven de los ojos de oro pertenecía á don Hijos, marqués de San Real, grande de España. Como es natural, al auverniano no le interesaba nada el marqués, y repuso:

—No, el paquete es para la marquesa.

—Está ausente, respondió el cartero. Sus cartas suelen volver de aquí á Londres.

—¿Pero no es la marquesa una joven que...?

—¡Ah! dijo el cartero interrumpiendo al criado y mirándole con atención, lo mismo eres tu recadero que yo bailarín.

Lorenzo enseñó algunas monedas de oro al funcionario de correos, y éste se sonrió.

—Tenga, aquí tiene el nombre de su pieza, añadió sacando de su cartera una carta que llevaba el sello de correos y esta dirección escrita en caracteres menudos, que anunciaban una mano de mujer:

A la señorita Paquita Valdés.
Calle de San Lázaro, Hotel de San Real.
París.

—¿Se negará usted á aceptar una botella de vino de Chablis, acompañada de un buen guisado y precedida de algunas docenas de ostras? dijo Lorenzo, que quería conquistar la preciosa amistad del cartero.

—A las nueve y media, después de mi servicio. ¿Dónde?

—En la esquina de la Calzada de Antín y de la calle Nueva de los Maturinos, en el *Puit-sans-vin*, dijo Lorenzo.

—Escuche, usted, amigo mío, dijo el cartero al criado de Marsay una hora después de este encuentro, en el lugar de la cita; si su amo está enamorado de esa muchacha, trabajo le doy. Hace diez años que soy cartero en París, he visto muchos sistemas de puertas, pero puedo decir sin temor de ser desmentido, que no hay puerta tan misteriosa como la del señor San Real. Nadie puede penetrar en el palacio sin dar un santo y seña, y note usted que ha sido escogido expresamente entre patio y jardín para evitar toda comunicación con otras casas. El portero es un viejo español que no dice nunca una palabra en francés; pero que examina á la gente como pudiera hacerlo Vidoc, para saber si entra algún ladrón. Si ese primer portero pudiese ser engañado por un amante, por un ladrón ó por usted, pongo por caso, se encontraría en la primera sala, que está cerrada con una puerta vidriera, con un mayordomo rodeado de lacayos, un viejo que es aún más salvaje y más testarudo que el portero. Si alguno franquea la puerta cochera, este mayordomo sale, le espera á uno en el peristilo y le interroga á uno como si uno fuese un criminal. A mí, que soy

sencillo cartero, me ha ocurrido ya. Respecto á los criados, no espere usted sacar nada, porque parecen mudos. Nadie en el barrio conoce el timbre de sus voces; no sé que salario deben darles para que no hablen ni beban; pero es lo cierto que son inabordables, ya porque temen ser fusilados, ya porque tengan que perder una suma enorme en caso de indiscreción. Si su amo está enamorado de la señorita Paquita Valdés y puede vencer estos obstáculos, no triunfará ciertamente de doña Concha Marialba, que es la dueña que la acompaña, y que sería capaz de metérsela debajo de las faldas antes de dejarla un momento. Estas dos mujeres parece que van cosidas una á otra.

—Estimable cartero, lo que usted me dice confirma lo que acabo de saber, dijo Lorenzo después de haber probado el vino, y á fé que creía que se burlaban de mí. La frutera de enfrente me dijo que por la noche sacaban á los jardines unos perros cuyas comidas están suspendidas de unas estacas, de manera que no pueden alcanzarla; de modo que si alguien quisiera entrar, esos condenados animales creerían que iban á quitarles su ración y descuartizarían al intruso. Me dirá usted que se les podría echar algunas bolas; pero al parecer están acostumbrados á no comer nada á no ser de manos del portero...

—Efectivamente, eso mismo me ha dicho el portero del señor barón de Nucingen, cuyo jardín está lindante con el del señor de San Real, repuso el cartero.

—Bueno, mi amo le conoce, se dijo Lorenzo. Yo estoy al servicio de un hombre que si se le metiese en la cabeza besar las plantas de los pies á una emperatriz, lo lograría, porque es tremendo. Dígame, si necesitase de usted, cosa que le deseo, porque es generoso, ¿podríamos contar con su apoyo?

—Lorenzo, me llamo Moinot, vivo en la calle de los Tres Hermanos, número 11, quinto piso, tengo mujer y cuatro hijos y si me necesitan para hacer algo que esté de acuerdo con mi conciencia y con el ejercicio de mi cargo, cuenten conmigo.

—Es usted un buen hombre, le dijo Lorenzo estrechándole la mano.

—Paquita Valdés es sin duda la querida del marqués de San Real, amigo del rey Fernando. Sólo un cadáver español de ochenta años es capaz de tomar semejantes precau-

ciones, dijo Enrique cuando su criado le hubo contado el resultado de sus indagaciones.

—Señor, le dijo Lorenzo, á no ser en globo, no hay medio de entrar en ese palacio.

—¿Qué bestia eres! ¿Acaso es necesario entrar en el palacio para ver á Paquita desde el momento que ésta puede salir?

—Pero, ¿y la dueña, señor?

—No temas, ya la encerraremos por unos días á esa.

—¡Oh! entonces tendríamos á Paquita, dijo Lorenzo frotándose las manos.

—¡Estúpido! respondió Enrique, te condeno á hacer el amor á doña Concha, si tienes la insolencia de hablar de ese modo de una mujer antes de que yo la haya poseído, respondió Enrique. Prepárame la ropa, que voy á salir.

Enrique permaneció algunos instantes sumido en gozosas reflexiones. Digámoslo para alabanza de las mujeres: lograba todas las que se dignaba desear. ¿Y qué no sería preciso pensar de una mujer sin amante que hubiera sabido resistir á un joven armado de la belleza, que es el espíritu del cuerpo, del talento, que es una gracia del alma, y de la fuerza moral y de la fortuna, que son los dos únicos poderes reales? Pero triunfando tan fácilmente, de Marsay debía aburrirse con sus triunfos; así es que hacía unos dos años que se aburría mucho. Al igual que los soberanos, había llegado á implorar del azar algún obstáculo que vencer, alguna empresa que exigiese el empleo de sus desocupadas fuerzas morales y físicas. Aunque Paquita Valdés le ofreciese el maravilloso conjunto de perfecciones de que sólo había gozado una á una, el atractivo de la pasión era casi nulo en él. Una saciedad constante había debilitado en su corazón el sentimiento del amor. Como los ancianos y las gentes hastiadas, no tenía más que caprichos extravagantes, gustos ruinosos, extravagancias que, una vez satisfechas, no le dejaban ningún recuerdo en el corazón. En los jóvenes, el amor es el sentimiento más hermoso, pues hace florecer la vida en el alma haciendo brotar en ella las inspiraciones más hermosas y los pensamientos grandes. Las primicias en todo tienen un delicioso sabor. En los hombres se convierte en una pasión; la fuerza conduce al abuso. En los ancianos se convierte en vicio; la impotencia conduce al extremo. Enrique era á la vez anciano, hombre y joven.

Para que sintiese las emociones de un verdadero amor, necesitaba como Lovelace, una Clarisa Harlowe. Sin el reflejo mágico de esa perla inhallable, de Marsay no podía tener más que pasiones aguzadas por alguna vanidad parisiense, decisiones hechas de hacer llegar á tal mujer á tal grado de corrupción, ó aventuras que estimulaban su curiosidad. El relato de su criado Lorenzo, acababa de dar un valor enorme á la joven de los ojos de oro. Se trataba de librar batalla con algún enemigo secreto que parecía tan peligroso como hábil, y para obtener la victoria, Enrique tendría que echar mano de todas sus fuerzas. Iba á desempeñar esa eterna comedia vieja que será siempre nueva, y cuyos personajes son una joven, un anciano y un enamorado: Don Hijos, Paquita y de Marsay. Si Lorenzo era un Figaro, la dueña parecía indecorruptible; así es que la pieza había sido más enredada por la casualidad, de lo que podía serlo por ningún autor dramático. Pero ¿acaso no es la casualidad un verdadero hombre de genio?

—Va á ser preciso apretar de veras, se dijo Enrique.

—¡Hola! le dijo Pablo de Manerville entrando. ¿Cómo estamos? Vengo á almorzar contigo.

—Está bien, dijo Enrique. ¿No te asustarás si me visto delante de ti?

—¡Vaya una broma!

—Amigo, tomamos en este momento tantas cosas de los ingleses, que podríamos convertirnos en hipócritas y en gazmoños como ellos, dijo Enrique.

Lorenzo le había llevado á su amo tantos utensilios, tan diferentes muebles y cosas tan bonitas, que Pablo no pudo menos de decir:

—Pero ¿vas á tener para dos horas?

—No, para dos horas y media.

—Bueno, ya que estamos solos, podemos decírnoslo todo. Explicame porque un hombre de talento como tú, porque tú tienes talento, ha de afectar una fatuidad que no puede ser natural en él. ¿Por qué pasar dos horas y media en acicalarse, cuando basta entrar un cuarto de hora en el baño, peinarse en dos segundos y vestirse?

—Palurdo mío, es preciso que te quiera mucho para confiarte tan elevados pensamientos, dijo de Marsay, que se hacia cepillar en aquel momento los pies con un cepillo muy suave impregnado de jabón inglés.

—Yo, respondió Pablo de Manerville, siento por tí el más sincero afecto y te quiero considerándote superior á mí.

—Si tú eres capaz de observar algún hecho moral, has debido notar que la mujer quiere al fatuo, repuso de Marsay respondiéndole únicamente con una mirada á la declaración de Pablo. ¿Y sabes por qué quieren las mujeres á los fatuos? Amigo mío, los fatuos son los únicos hombres que se cuidan de sí mismos. Ahora bien, tener excesivos cuidados con uno mismo, ¿no es decir que cuida uno en sí el bien ajeno? El hombre que no se pertenece es precisamente el más anhelado por las mujeres. El amor es esencialmente ladrón. No te hablo ya de este exceso de limpieza que tanto las encanta. ¿Has visto alguna mujer que se haya enamorado de un adán, aunque fuere un hombre notable? Si este hecho ha tenido lugar, debemos achacarlo á capricho de embarazada, á una de esas ideas raras que tenemos á veces todos, pues yo he visto á hombres muy notables que han sido abandonados á causa de su incuria. Un fatuo que se ocupa de su persona, se ocupa de una insignificancia, de pequñeces. ¿Y qué es la mujer? Una pequñez, un conjunto de insignificancias. Con dos palabras dichas al aire, ¿no le hacen trabajar durante cuatro horas? Como el fatuo no piensa en grandes cosas, la mujer está segura de que se ocupará de ella y de que no la abandonará nunca por la gloria, por la ambición, por la política, por el arte, por esas grandes prostitutas que para ellas son rivales. Además, los fatuos tienen el valor de cubrirse de ridículo para agrandar á la mujer, y el corazón de ésta está lleno de recompensas para el hombre ridículo por amor. En fin, un fatuo no puede serlo más que si tiene razón para serlo, y las mujeres son las que nos dan este grado. El fatuo es el coronel del amor, y manda su regimiento de mujeres. Querido mío, en París todo se sabe, y un hombre no puede ser aquí fatuo de balde. Tú que no tienes más que una mujer, y que tal vez haces bien en no tener más que una, intenta hacer el fatuo y te cubrirías de ridículo, serías hombre muerto, te condenarías inevitablemente á hacer una sola y única cosa. Significarías *estupidex*, como el señor de Lafayette significa América, el señor de Talleyrand diplomacia, el señor Désaugiers canción y el señor Segur romanza. Si estos hombres se salen de su género, ya no se le da valor á lo que hacen. He aquí como somos en Francia, siempre soberanamente injustos, pues el señor de

Talleyrand tal vez sea un gran hacendista, el señor de Lafayette un tirano, y Désaugiers un gobernante. Aunque tuvieras cuarenta mujeres al año siguiente, nadie te concedería públicamente más que una. De modo que la fatuidad, amigo Pablo, es la señal de un irrefutable poder conquistado sobre el pueblo femenino. Un hombre amado por varias mujeres pasa por tener cualidades superiores, y entonces el desgraciado se convierte para ellas en continuo objeto de disputa. Pero ¿crees tú que no es nada también el tener derecho á entrar en un salón, mirar á todo el mundo de pies á cabeza á través del monóculo y poder despreciar al hombre más superior si lleva un chaleco pasado de moda? ¡Lorenzo, que me haces daño! Pablo, después de almorzar, vienes á las Tullerías á ver á la adorable joven de los ojos de oro.

Después de haber hecho una excelente comida, los dos amigos se trasladaron al gran paseo de las Tullerías, pero no vieron por ninguna parte á la sublime Paquita Valdés, que había atraído allí á más de cincuenta jóvenes de los más acicalados, que se paseaban fumando y riendo y dándose á todos los diablos.

—¡Plancha! dijo Enrique. Pero se me ha ocurrido la idea más excelente del mundo. Esa muchacha recibe cartas de Londres, y por lo tanto, hay que comprar ó emborrachar al cartero, abrir una de esas cartas, leerla, como es natural, y después meter dentro del sobre una carta amorosa. El viejo tirano, que sin duda debe conocer á la persona que escribe de Londres, no desconfiará.

Al día siguiente, de Marsay fué á tomar otra vez el sol á la terraza de las Tullerías, y vió allí á Paquita Valdés. La pasión la había embellecido ya para él, y se sintió seriamente enamorado por aquellos ojos cuyos destellos parecían ser como los que lanza el sol, y cuyo ardor resumía el de aquel cuerpo perfecto, donde todo era voluptuosidad. De Marsay ardía en deseos de rozarse con la bata de aquella seductora muchacha cuando se encontraban en el paseo; pero sus tentativas resultaban siempre vanas. En un momento en que se había anticipado á la dueña y á Paquita para poder encontrarse al lado de la joven de los ojos de oro cuando se volviese, Paquita, no menos impaciente que él, avanzó rápidamente, y de Marsay sintió que le oprimían la mano de una manera tan rápida y tan apasionadamente significa-

tiva, que creyó haber recibido el choque de una chispa eléctrica. En un momento, todas sus emociones de joven renacieron en su corazón. Cuando los dos amantes se miraron, Paquita parecía avergonzada y bajó los ojos para no encontrarse con los de Marsay; pero su mirada se fijó en la parte baja para mirar los pies y el talle de aquel á quien las mujeres llamaban *su vencedor* antes de la Revolución.

—Decididamente, seré el amante de esa muchacha, se dijo Enrique.

Siguiéndola hasta el extremo de la terraza, hacia la parte de la Plaza de Luis XV, Enrique vió al anciano marqués de San Real apoyado en el brazo de su criado y andando con todas las precauciones de un gotoso. Doña Concha, que desconfiaba de Enrique, puso á Paquita entre ella y el anciano.

—¡Oh! lo que es á tí, si no se te puede hacer capitular, se te hará dormir con una dosis de opio, se dijo de Marsay dirigiendo una mirada de desprecio á la dueña. Ya conocemos la mitología y la fábula de Argos.

Antes de subir al coche, la joven de los ojos de oro cambió con su amante algunas miradas que enloquecieron á Enrique, y cuya expresión no era dudosa; pero la dueña sorprendió una, y se apresuró á decirle algunas palabras á Paquita, la cual se metió en el coche con aire desesperado. Lorenzo, que por orden de su amo, iba á acechar los alrededores del palacio, supo por los vecinos que ni las dos mujeres ni el anciano marqués habían salido de casa desde el día en que la dueña había sorprendido una mirada entre Enrique y la joven confiada á su cuidado. El débil lazo que unía á los dos amantes estaba, pues, roto.

Algunos días después, sin que nadie supiese por qué medios, de Marsay había logrado su objeto y tenía en su poder un sello y lacre semejante en un todo al sello y al lacre que llevaban las cartas enviadas desde Londres á la señorita Valdés, y todos los utensilios necesarios para falsificar los sellos de los correos inglés y francés. Por este medio había hecho llegar á poder de su amada la siguiente carta, que tenía todas las apariencias de llegar de Londres.

—“Querida Paquita: No intentaré describirle con palabras la pasión que usted me ha inspirado. Si por fortuna participa usted de ella, sepa que he encontrado los medios

de tener correspondencia con usted. Me llamo Adolfo de Gouges, y vivo en la calle de la Universidad, número 54. Si está usted demasiado vigilada para escribirme, y si no tiene papel ni pluma, su silencio me lo dará á entender. Así, pues, si mañana desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, no ha arrojado usted una carta por encima del muro de su jardín al del señor de Nucingen, donde será esperada todo el día, al día siguiente, á las diez de la mañana, un hombre que me es completamente adicto, le pasará por encima del muro, atados á una cuerda, dos frascos. Procure usted pasearse por allí á esa hora. Uno de los frascos contendrá opio para dormir á Argos: bastará que le dé usted seis gotas. El otro contendrá tinta. El frasco de la tinta es tallado, y el otro liso. Ambos son bastante llanos para que pueda usted esconderlos en su corsé. Todo lo que he hecho yo para poder tener correspondencia con usted, le dirá lo mucho que la amo. Si lo duda usted, le confieso que por obtener una cita de una hora, daría mi vida.»

—Esas pobres criaturas siempre dan *le á esas cosas*, se dijo de Marsay. Pero tienen razón. ¿Qué pensaríamos nosotros de una mujer que no se dejase seducir por una carta de amor acompañada de circunstancias tan comprobantes?

Esta carta fué entregada al día siguiente á las ocho de la mañana por el cartero al portero del palacio San Real.

Para aproximarse al campo de batalla, de Marsay había ido á almorzar á casa de Pablo, que vivía en la calle de la Pepinière. A las dos, en el momento en que los dos amigos se contaban riéndose el fracaso de un joven que quería arrastrar el tren de la vida elegante sin una fortuna sólida, el cochero de Enrique fué á buscar á su amo á casa de Pablo, y le presentó á un personaje misterioso que quería hablar con él á toda costa. Este personaje era un mulato, al que Talma hubiera tomado por modelo para hacer el *Otelo* si lo hubiera conocido. Jamás figura africana expresó mejor la grandeza en la venganza, la rapidez de la sospecha, la prontitud en la ejecución de un pensamiento, la fuerza del moro y su irreflexión de niño. Sus ojos negros tenían la fijeza de los de un pájaro de presa, y al igual que los del buitre, estaban engarzados en una membrana azulada desprovista de pestañas. Su frente pequeña y deprimida, tenía

algo de amenazador. Evidentemente aquel hombre estaba bajo el yugo de un solo y único pensamiento. Su nervudo brazo no le pertenecía. Iba seguido de un hombre, cuya descripción se hará todo el mundo, después de saber que se le podía aplicar perfectamente esta frase: Era un hombre desgraciado. Ante esta palabra, todo el mundo lo adivinará y se lo representará según las ideas de cada país. Pero ¿quién se figurará su rostro blanco, arrugado, rojo por las extremidades, y su barba larga? ¿Quién verá su amarillenta corbata enrollada al cuello como una cuerda, el grasiento cuello de su camisa, su sombrero estropeado, su levita verdosa, su pantalón viejo, su chaleco arrugado, su alfiler de oro falso y sus zapatos sucios, cuyas cintas se habían sumido en el barro? ¿Quién lo comprenderá en toda su miseria presente y pasada? ¿Quién? el parisiense únicamente. El hombre desgraciado de París es el desgraciado completo, pues encuentra aún alegría para saber cuan desgraciado es. El mulato parecía ser un verdugo de Luis XI llevando un hombre á la horca.

—¿Quién es el que ha pescado á estos dos tipos?

—¡Diablo! hay uno que me causa miedo, respondió Pablo.

—¿Quién eres tú, que pareces ser el más cristiano de los dos? dijo Enrique mirando al hombre desgraciado.

El mulato permaneció con los ojos fijos en los dos jóvenes, como hombre que no entendía nada y que procuraba sin embargo adivinar algo por los gestos y movimientos de los labios.

—Soy escritor público é intérprete, vivo en el Palacio de Justicia, y me llamo Poincet.

—Bueno, ¿y éste? dijo Enrique á Poincet señalando al mulato.

—No lo sé, habla una especie de jerga española y me ha traído aquí para poder entenderse con usted.

El mulato sacó del bolsillo la carta escrita á Paquita por Enrique, y se la entregó. Enrique la arrojó al fuego.

—Bueno, esto empieza á esclarecerse, se dijo Enrique para sus adentros. Pablo, déjanos solos un momento.

—Yo le traduje esta carta, repuso el intérprete cuando estuvieron solos, y después de traducirla, se fué á no sé donde, y volvió á buscarme para traerme aquí, prometiéndome dos luises.

—¿Qué tienes que decirme, chino? preguntó Enrique.

—No le he dicho chino, respondió el intérprete esperando la respuesta del mulato.

—Señor, repuso el intérprete después de haber escuchado al desconocido, dice que es preciso que esté usted mañana á las diez y media en el bulevar Montmartre, al lado del café; que allí verá usted un coche, en el cual debe subir diciéndole al que esté dispuesto á abrirle la pórtezucla la palabra: *cortejo*, palabra española que quiere decir amante, añadió Poincet dirigiendo una mirada de felicitación á Enrique.

—Está bien.

El mulato quiso darle dos luises; pero De Marsay no lo consintió y recompensó al intérprete. Mientras que Enrique pagaba, el mulato profirió algunas palabras.

—¿Qué dice?

—Me advierte que si cometo una indiscreción, me extrangulará, respondió el hombre desgraciado. Y le creo capaz de hacerlo.

—Estoy seguro de ello, respondió Enrique, lo haría como lo dice.

—Añade que la persona que le envía le suplica que lo mismo por usted que por ella, procure ser prudente, porque los puñales que les amenazan caerían sobre sus corazones sin que ningún poder humano pudiese evitarlo, repuso el intérprete.

—¿Ha dicho eso? Mejor, así será más divertido. Pablo, ya puedes entrar, le dijo á su amigo.

El mulato, que no cesaba de mirar al amante de Paquita Valdés con atención magnética, se fué seguido del intérprete.

—Vaya, he aquí una aventura bien novelesca, se dijo Enrique cuando Pablo volvió. A fuerza de tener muchas, he acabado de encontrar en este París una que va acompañada de circunstancias graves, de peligros mayores. ¡Ah, diantre! ¡cuán atrevida se vuelve la mujer en el peligro! Molestar á una mujer, querer obligarla por la fuerza á mantenerse pura, ¿no es darle derecho y valor para franquear en un momento la barrera que tardaría años en saltar? Gentil criatura, anda, salta. ¿Morir? ¡pobre muchacha! ¿Puñales? ¡imaginaciones de mujer! Todas sienten la necesidad de dar importancia á sus complacencias. Por lo demás,

Paquita, no temas. Lléveme el diablo si no ha perdido la aventura interés para mí, ahora que sé que esa muchacha es mía.

A pesar de estas ligeras palabras, es lo cierto que Enrique volvía á sentirse joven. Para esperar el día siguiente sin sufrir, recurrió á exorbitantes placeres: jugó, comió y cenó con sus amigos; bebió como un carretero, comió como un alemán y ganó diez ó doce mil francos. A las dos de la mañana salió del Rocher de Concale, durmió como un niño, se despertó al día siguiente fresco y rosado, y se vistió para ir á las Tullerías, proponiéndose montar á caballo después de haber visto á Paquita para abrir el apetito y comer mejor, á fin de poder matar el tiempo.

A la hora convenida, Enrique se fué al bulevar, vió el coche y dió el santo y seña á un hombre que le pareció ser el mulato. Al oír aquella palabra, el hombre abrió la portezuela y se apresuró á bajar el estribo. Enrique fué arrastrado con tanta rapidez á través de París, y sus pensamientos le quitaron de tal modo la facultad de ver las calles por que pasaba, que no supo dónde se detuvo el coche. El mulato le introdujo en una casa cuya escalera estaba cerca de la puerta cochera. Aquella escalera era sombría, lo mismo que el descansillo en que Enrique se vió obligado á esperar mientras el mulato abría la puerta de una habitación húmeda, nauseabunda, sin luz, y cuyas piezas, iluminadas apenas por la bujía que su guía encontró en la antecámara, le parecieron vacías y mal amuebladas, como lo están las de una casa cuyos habitantes van de viaje. Sintió aquella sensación que le procuraba la lectura de una de esas novelas de Ana Radcliffe, en que el héroe atraviesa las salas frías, sombrías y deshabitadas, de algún lugar triste y desierto. Por fin el mulato abrió la puerta de un salón. El estado de los muebles viejos y de las cortinas pasadas que adornaban aquella pieza la hacían parecerse al salón de un mal lugar. Había allí la misma pretensión de elegancia y el mismo conjunto de cosas de mal gusto, de polvo y de grasa que suelen verse en ciertos sitios. En un canapé cubierto de terciopelo de Utrécht rojo, en el rincón de una chimenea que humeaba, y cuyo fuego estaba enterrado en las cenizas, había una vieja bastante mal vestida, cubierta con uno de esos turbantes que saben inventar las mujeres inglesas cuando llegan á cierta edad, y que hubiera tenido un gran éxito en

China, donde el bello ideal de los artistas es la monstruosidad. Aquel salón, aquella vieja, aquel hogar frío, todo habría helado el amor, si Paquita no hubiese estado allí sobre una otomana, con un voluptuoso peinador, libre de dirigir sus miradas de oro y de llama, libre de enseñar su lindo pie, libre de sus luminosos movimientos. Aquella primera entrevista fué lo que son todas las primeras citas que se dan personas apasionadas que han franqueado rápidamente las distancias, y que se desean ardientemente, á pesar de que no se conocen. Es imposible que no haya en un principio algunas discordancias en esta situación mortificante hasta el momento en que las almas se ponen al unísono. Si el deseo da atrevimiento al hombre y le dispone á no ahorrar nada, la amante, por grande que sea su amor, so pena de no ser mujer, está asustada de haber llegado tan pronto al extremo y de verse en la necesidad de entregarse, lo cual para muchas mujeres equivale á la caída en un abismo, en cuyo fondo no saben lo que encontrarán. La frialdad involuntaria de la mujer, contrasta con su declarada pasión é influye necesariamente en el amante más enamorado. Estas ideas que flotan á veces como vapores en torno de las almas, engendran en éstas una especie de enfermedad pasajera.

En el dulce viaje que dos seres emprenden á través de las hermosas comarcas del amor, este momento equivale á atravesar una landa, pero una landa sin matorrales, húmeda y cálida alternativamente, llena de ardientes arenas, interrumpida por pantanos y que conduce á los alegres sotos cubiertos de rosas, donde se despliega el amor y su cortejo de placeres, sobre alfombras de fina verdura. A veces el hombre ocurrente se halla poseído de una risa tonta que le sirve de respuesta á todo, y su talento está como embotado por la glacial presión de sus deseos. No sería imposible que dos seres igualmente bellos, ocurrentes y apasionados tuviesen en un principio la conversación más tonta, hasta que la casualidad, una palabra, el brillo de una mirada ó la comunicación de una chispa, les haya hecho reconocer la feliz transición que los conduce al florido sendero por donde no se anda sino que se rueda, sin que por eso se llegue á descender. Este estado del alma está siempre en razón directa con la violencia de los sentimientos. Dos seres que se aman débilmente, no sienten nada semejante. El efecto de esta crisis puede aún compararse al que produce un cielo puro. Al primer golpe

de vista, la naturaleza parece cubierta de un velo de gasa, el azul del firmamento parece negro, la extrema luz se parece á las tinieblas. En Enrique y en la española había igual violencia; y esa ley de la estática en virtud de la cual dos fuerzas idénticas se anulan al encontrarse, podría también ser verdadera en el orden moral. Además, el embarazo de aquel momento fué extraordinariamente aumentado por la presencia de la vieja momia. El amor se asusta y se alegra de todo, para él todo tiene un sentido, todo es presagio feliz ó funesto. Aquella mujer decrepita estaba allí como un desenlace horrible y figuraba la horrible cola de pescado con que los simbólicos genios de Grecia terminaron las quimeras y las sirenas tan seductoras, tan insinuas por su cuerpo como lo son todas las pasiones al empezar. Aunque Enrique fuese, no ya un espíritu privilegiado porque esta palabra es siempre una burla, sino un hombre de un poder extraordinario, un hombre tan grande como se puede ser sin creencias, el conjunto de todas estas circunstancias le sorprendió desagradablemente. Por lo demás, los hombres más fuertes son naturalmente los más impresionables y por consiguiente los más supersticiosos, si es que puede llamarse superstición á la preocupación del primer momento, que es sin duda la vista del resultado de las causas ocultas para otros ojos, pero imperceptibles para los suyos.

La española aprovechaba aquel momento de estupor para entregarse al éxtasis de aquella adoración infinita que embarga el corazón de una mujer cuando ésta ama de veras y se encuentra en presencia de un ídolo esperado en vano. Sus ojos eran todo alegría, todo dicha, estaba como encantada y se embriagaba sin temor con una felicidad soñada durante mucho tiempo. Entonces le pareció tan extraordinariamente hermosa á Enrique, que toda aquella fantasmagoría de andrajos de vejez, de cortinajes rojos estropeados, de esteras verdes delante de los sofás y de piso rojo mal fregado, todo aquel lujo enfermizo y achacoso desapareció inmediatamente. El salón se iluminó y sólo vió ya á través de una nube á la terrible arpía fija y muda en su canapé rojo, y cuyos ojos amarillos denotaban los sentimientos serviles que inspira la desgracia ó que causa un vicio, bajo cuya esclavitud se ha caído como se cae bajo el poder de la tizona que os embrutece con las flagelaciones de su despotismo. Sus ojos tenían el brillo frío de los de un tigre en-

jaulado que conoce su impotencia y se ve obligado á devorar sus deseos de destrucción.

—¿Quién es esta mujer? preguntó Enrique á Paquita.

Pero Paquita no respondió, hizo seña de que no entendía el francés y le preguntó á Enrique si hablaba el inglés. De Marsay repitió la pregunta en inglés.

—Es la única mujer de quien puedo fiarme, á pesar de que me ha vendido ya, dijo Paquita tranquilamente. Mi querido Adolfo, es mi madre, una esclava comprada en Georgia por su rara belleza, de la que le queda hoy muy poco. No habla más que su lengua materna.

La actitud de aquella mujer y su deseo de adivinar por los movimientos de su hija y de Enrique lo que pasaba entre ellos, fué comprendido por el joven mediante esta explicación.

—Paquita, ¿no nos veremos nunca libres y solos?

—Nunca, le contestó ella con aire triste; es más, nos quedan pocos días de vernos.

Dicho esto, la joven bajó los ojos, miróse la mano y contó con la derecha los dedos de la izquierda, enseñando así las manos más hermosas que Enrique había visto en su vida.

—Uno, dos, tres...

De este modo contó hasta doce, y después dijo:

—Sí, nos quedan doce días.

—¿Y luego?

—Luego... dijo Paquita quedando anonadada como una mujer débil ante el hacha del verdugo, que muere á causa del miedo que la despoja de la magnífica energía que la naturaleza parecía haberle dado únicamente para agrandar las voluptuosidades y convertir en poema sin fin los placeres más groseros.

—Luego..., repitió.

Y sus ojos permanecieron fijos cual si contemplase á gran distancia un objeto amenazador.

—No lo sé, dijo al fin.

—Esta muchacha está loca, se dijo Enrique sumiéndose también en extrañas reflexiones.

Paquita le pareció ocupada en algo que no era él, como una mujer igualmente agobiada por los remordimientos y por la pasión. Tal vez tenía en su corazón algún otro amor que recordaba y olvidaba sucesivamente. En un instante, Enrique se vió asaltado por mil pensamientos contradicto-